

HUIDA LIBRE [FRAGMENTO] HUIDA LIBRE [FRAGMENT]

Byron Vélez Escallón*

Para A.B.T.

Para Caco

Malditas puertas, qué pasa con las puertas de este hospital, pensaba el Gestor mientras embutía su cuerpo regordete y pálido por la estrecha hendidura que daba acceso al despacho en penumbras del Director Encargado. Con un ruido de goznes oxidados, empujado con potencia y también haciendo un enorme esfuerzo, con las manos fuertemente apoyadas en las superficies de madera blanca que él y la enfermera Magdalena mal habían logrado separar, el hombre pasó al fin del otro lado, sintiendo en la piel, desde el cuello hasta los muslos, los arañazos resultantes de la maniobra.

Se podría decir que, desde dentro de la habitación, se vio al Gestor nacer a través de la puerta entreabierta.

Más que en penumbras, el despacho vivía en un constante centelleo entre la penumbra y la plena luz, tal vez producido por un desperfecto en la instalación eléctrica, que hacía que la iluminación fallase y se restaurase en intervalos de regularidad desigual. En los intervalos de iluminación, el Gestor pudo ver que los pisos estaban cubiertos de una terrible suciedad y de muchísimos objetos y ropas dispersos, como si una bomba hubiese explotado ahí dentro mucho tiempo antes.

De frente a la puerta, en el extremo opuesto de la habitación, en una cama gigantesca y también cubierta de desperdicios, en medio de un revoltijo de ropas, almohadas y cables, se veía a un hombre viejo. Con una apariencia de infinito cansancio el viejo pálido, desaliñado y algo rechoncho usaba una bata azul de voluntario y, en su cabeza se veía una especie de casco que a su vez estaba conectado a través de un enmarañado de cables al espejo negro de una pantalla en la que delicados diseños de ondas luminosas se levantaban, se volteaban, se entretejían y se enrollaban en espirales cadenciosas.

– Perdón, buenos días –dijo el Gestor, alisándose la bata azul, manchada de una tonalidad marrón indefinible entre el color de la sangre y el del aceite de motor–. Se me convocó a una reunión...

* Professor de Literatura Hispano-americana na Universidade Federal de Santa Catarina. E-mail: flint1883@yahoo.com.mx.

El viejo no reaccionó y el Gestor notó que parecía en medio de un trance, con los ojos en blanco bajo su casco cableado. Debe estar piloteando un avatar, pensó, y entonces insistió subiendo respetuosamente el volumen de su voz:

– Buenos días.

Bajo el revoltijo de mantas, almohadas y desperdicios desparramados sobre la cama inmensa se percibieron movimientos que, observando proporciones, no podrían provenir del cuerpo del hombre del casco. Del extremo inferior se vio surgir una cabeza de metal brillante de la que había sido retirado totalmente el cuero cabelludo y del lado opuesto surgió una mano con las uñas pintadas de rojo. La luz falló, dejándolo todo en lo oscuro.

Pero regresó al instante, cuando ya las dos enfermeras habían salido de debajo del edredón. El Gestor notó que bajo el casco lleno de cables, en las órbitas del rostro del viejo, aparecieron dos puntos oscuros en el momento justo en que desaparecieron las formas fractales que antes danzaban sobre la pantalla negra.

– Buenos días –dijo el Director Encargado.

El Gestor no respondió inmediatamente, absorbo como estaba en la contemplación de la escena. La enfermera que ostentaba su cabeza positrónica, después de salir del revoltijo de cobijas, se había acercado a la mesa de noche, en la que había un recipiente con agua y, al parecer, una esponja, mientras que la otra, agachándose, extraía de debajo de la cama, con su único brazo de uñas pintadas de rojo, una bacinilla llena de heces.

– Soy... el Gestor –dijo el Gestor.

Con parsimonia, habiendo recibido de la enfermera calva el recipiente con agua y esponja, el Director Encargado se sacó el casco cableado y lo puso a su lado, sobre la cama.

– Sí, sí, ya sé. Yo lo mandé llamar a mi despacho.

– Mucho gusto.

– Ya lo conocía –mientras decía esto, el Director Encargado remojaba la esponja en el agua. La enfermera seguía en pie junto a él.

La luz falló, dejándolos en penumbra por un largo intervalo.

– ¿Sí? –Preguntó el Gestor.

– Efectivamente –ahora el Director Encargado tomaba la esponja empapada de agua y se la pasaba por la nuca mugrienta–. Pero, ¿qué hace ahí, tan lejos? Acérquese para que pueda verlo –esto lo dijo dando palmaditas de invitación sobre la inmundicia de la cama.

– Sí –respondió el Gestor, tímido, en voz muy baja.

La luz regresaba, el Gestor se acercó vacilante a la cama del Director Encargado.

– Siéntese, tranquilo –dijo el viejo, mientras se enjuagaba el rostro con su esponja.

– Gracias.

Cuando se hubo acercado, el Director Encargado se incorporó un poco y adelantó su rostro para mirar directamente a los ojos al Gestor quien, escrupuloso, se había sentado a los pies de la cama.

– Y... cuénteme, ¿cómo le ha ido?

– Bien –el Gestor sintió retorcionas en el estómago–. Gracias.

– ¿Qué ha podido observar, todo marcha correctamente?

– En cierta medida sí –el Gestor observó el estado del lugar en el que estaban, y vio que la enfermera manca de la bacinilla, apartando con sus tacones blancos los objetos dispersos por el suelo que le estorbaban el paso, se había alejado hasta una de las esquinas de la habitación–, aunque hay cosas que podrían funcionar mejor, señor.

– Adelante, cuénteme.

– Ehhh... Bueno, los baños no funcionan, hay que desprender baldosas del suelo... las puertas no andan bien... algunas enfermeras hacen lo que bien les parece.

Acostado a medias en la oscuridad que iba y volvía, se operó un cambio en los rasgos del Director Encargado. Estaba como fascinado, era como si se hubiera rasgado un velo. Cuando sumergió de nuevo la esponja en el agua, sobre su rostro de marfil se vio una expresión de sombrío orgullo, de implacable poder, de pavoroso terror... de una intensa e irremediable desesperación. ¿Volvía a vivir su vida, cada detalle de deseo, tentación y entrega, durante ese momento supremo de total lucidez? Entonces gritó en un susurro a alguna imagen, a alguna visión que veía en el vacío, gritó un grito que no era más que un suspiro:

– ¡Ah, el horror! ¡El horror!

– No es para tanto –el Gestor trató de enmendar.

– Es cierto –respondió el viejo, pasándose la esponja húmeda por el cuello, y agregó en tono confesional–: Yo llevo aquí, como Director Encargado –pensativo, trató sin éxito de calcular el tiempo, la esponja suspendida ante la boca entreabierta–... bueno, primero llegué acá con mi hermano, que era un hombre importante, hoy lamentablemente desaparecido... cuando llegamos esas cosas que usted menciona tampoco funcionaban.

– ¿Hace cuánto de eso?

– Ni idea, no sé... ya no me acuerdo. ¿Por qué? Bueno, no importa. Desde ese tiempo estamos gestionando el arreglo de los inodoros. –El hombre remojó de nuevo su esponja–: Pero... poco a poco uno se acostumbra. Es una ley de la vida: no sólo es cuestión de acostumbrarse, sino de descubrir las maravillas que hay en cada lugar, en cada circunstancia. Se puede siempre ver el vaso medio lleno o medio vacío. Además, hemos descubierto soluciones alternativas y sustentables.

– ¿Cuáles?

– Usted lo mencionó, las baldosas.

– Entiendo.

– Por supuesto que entenderá. Aquí nunca encubrimos la verdad.

El Director Encargado hizo una pausa, entregó recipiente con agua y esponja a la enfermera calva que lo esperaba junto a la cabecera, y continuó:

– De hecho, podría afirmarse que aquí buscamos obsesivamente la verdad. Eso lo hacemos a través del programa de Experiencia Aumentada, del que debe haber oído hablar –el hombre señaló significativo el casco lleno de cables a su lado y la pantalla negra fijada a la pared–.

– Algo escuché, aunque aún no tuve tiempo de experimentarlo personalmente.

– Ah, entiendo. Un hombre ocupado. Mi hermano era un hombre ocupado... en fin. Lo que interesa es que el programa repone en algo la experiencia que se hizo imposible después de que el mundo acabó. Y es una experiencia de alteridad, en la que se vive materialmente el desierto a través de un avatar, lo que protege al usuario de los inconvenientes materiales del desierto.

– De eso también escuché algo. Se puede ser buitre, se puede ser hormiga, se puede ser buey, se puede ser burro...

El Director Encargado, al parecer entusiasmado, se irguió un poco más, como para enfatizar sus palabras:

– Exacto. También se puede ser enfermera... Y es un camino, una opción y un estilo de vida. De tanto pilotear, se hace uno maestro en las experiencias y en sus narrativas, busca la verdad a través de ellas. Llegué aquí como hermano de alguien importante y – el hombre hizo un gesto demostrativo con su mano abierta–: mire usted hasta donde he llegado.

El Gestor paseó su mirada por el caos del despacho, iluminado a intervalos por la luz que iba y volvía.

– Pero, ¿el asunto de las narrativas no existe apenas para alimentar el banco de datos que sirve de base para las actualizaciones de droides?

– Para eso también sirve –respondió el Director Encargado, levantando el casco y calándoselo en la cabeza–. Sin embargo, no pueden despreciarse otros efectos de esas elaboraciones de palabras.

Accionando algún mecanismo en la parte posterior del casco, el Director Encargado complementó:

– Yo, por ejemplo, he ganado notoriedad y me he tornado una persona relevante a través de las palabras. Mi vida así empezó a tener sentido. Mi obra más importante es esta, aunque no está del todo acabada y la estoy retocando desde la juventud.

Bajo el casco lleno de cables, de las órbitas del rostro del viejo desaparecieron los puntos oscuros de sus ojos. En ese mismo momento, sobre la pantalla negra fijada en la pared de la habitación, aparecieron las siguientes palabras:

“... ahora el rey negro, clavado en el lugar más oscuro de la tierra, vuelve a soñar que es un barco tenebroso, tan antiguo como ese vacío sucio en el que viaja siempre hacia adelante: un monstruoso armatoste negro entre unas tinieblas pastosas que le parecen connaturales. Lleva sobre su pecho, protegido entre dos poderosos, pero invisibles brazos –que funcionan como amurada–, un tablero de sesenta y cuatro casillas, que evocan el luminoso absurdo de los granos de trigo. Desde uno de los escaques centrales (el cuarto de reina), una figura negrísima, cubierta hasta lo que sería su cintura con una corona de dormir, sueña que un peón llega hasta la primera fila de las piezas blancas y se transforma en su rey. Sus ronquidos, inaudibles, hacen retemblar entero al mundo; lloran, crujen los maderos como atraídos hacia abajo por la fuerza de un llamado y los sueños se contagian como una mala enfermedad. La estrategia comanda el juego: todas las fichas, numerosas, negras y brillantes de movimiento, como hormigas, se aglomeran hasta la última de las filas, convencidas de que el ceder unos cuadros de territorio o el sacrificio de algunas cuantas de ellas –incluso si son varias– solamente terminará con la victoria, con el momento glorioso en el que cada una será el rey blanco de su propio tablero. Cada vez más desplazadas hacia el último rincón (hacia popa), –porque aquí la única manera de llegar es

yendo hacia atrás— las piezas negras sueñan, como agarradas a una astilla de naufragio, que van en avance, y logran la proeza de separarse entre ellas, incluso dentro de un atiborrado cuadrado. Unas tienen el sueño de viajar en tren; otras el de lograr parecerse a reinas blancas con el uso de una crema milagrosa; otras se lamentan, luchan y se hieren por una sonaja rota, por una corona de juguete, por la captura de unas lejanas torres blancas, por un pan negro y pegajoso; hay las descuidadas, que se sueñan fichas de parques, que van a la cárcel cuando aún no han cometido el crimen o cuando su sueño se entierra en el de las demás; y todas sueñan que son soñadas níveas majestades por un Rey negro que es un Barco negro que va hacia delante y hacia arriba, que las sueña soñándolo mientras reculan tranquilas protegidas por sus brazos. El ronquido se ha hecho general: la negra nave avanza hacia no se sabe dónde y por lo que grita y chirrea el maderamen parece que se estuviera rompiendo en pedazos. El sueño de nieve se hace tan pesado que cae, negro, húmedo, en un sopor pastoso, y aparece todo, pero encallado, incierto y silencioso, como sumergido en agua mugrosa, como cubierto de pegajosos gránulos de la nada. Acaso en este momento un peón negro sueñe que despierta, que puede mirar en su propia base y descubrir que esa nada inmensa en la que flota el doble monstruo habita dentro de él mismo (porque hoy las piezas negras son cóncavas como los barcos); acaso mientras duerme mire por la borda hacia popa y descubra una corta zanja hecha por el barco de juguete que se hunde en la tierra húmeda mientras avanza; tal vez mire hacia proa y no vea nada; probablemente se precipite sobre la amurada a babor, a estribor, y vea las huellas del eterno debatirse de la bestia, similares o iguales a las de una inmensa alimaña, mutilada desde un reciente nacimiento, que se estremece y lucha en el fango oscuro para no ahogarse en él y sólo consigue que el dolor de su enterramiento se prolongue. Seguramente, el peón soñará con angustia que desciende a las entrañas del rey, a las sentinas, a las bóvedas: cómo están llenas hasta el tope de la misma tierra babosa que lo devora; cómo duermen allí, recostadas aún sobre un pequeño trozo de tablero descompuesto, con un mudo y hediondo resuello, tiernamente podridas, como los niños que mueren de repente jugando a las escondidas, las piezas negras del rey que —no cabe duda— mirarán con recelo a la traidora, como a un mal ruido que amenaza con despertarlas. Verá cómo él mismo, abandonado, se hunde en la masa oscura de la tierra mientras marcha, sin llegar nunca al final de la cuarta casilla de reina. Entonces soñará con su grito imposible: “¡Padre, creí que caminabas conmigo! ¿Por qué entonces sólo mis huellas aparecen en la tierra?”; y con el ronquido —que nunca se oye— que responde: “Sólo tus huellas se sumergen, porque yo te llevo en mis brazos”. Ya sabrá que tiene boca, una boca llena de tierra; que tiene brazos que luchan y se baten en silencio y que no sirven para nadar ni para cargar nada; que tiene una cabeza enorme a punto de reventarse, que tiene incertidumbre, que tiene nombre. Mirará hacia arriba en el momento preciso en que la sombra cubra sus ojos, para ver la bóveda de un barco que se encoge sobre él, con todo y nuestra tierra con sus muertos dormidos, y que se transforma en corona que se le cala hasta la cintura, impidiendo el movimiento de los brazos y sepultando en un sueño naval, ajedrecístico, de avance y emancipación, más negro y más profundo que la muerte, a la pieza ganadora.

Algo silencioso ocurre en el corazón de la masa compacta —que es horizonte, entraña y cielo—: ahora el rey negro vuelve a soñar que es un barco tenebroso...”

Mientras el Gestor leía estas palabras en la pantalla negra, una somnolencia insoportable se apoderó de él. Lo que leyó parecía una escritura imposible de interpretarse sin la posesión de un código, demasiado críptica para quien apenas cuenta con el deseo de adaptarse a sus funciones. Además, era largo y aburrido.

— Ya sé —dijo el Director Encargado sacándose el casco—. Es difícil de interpretar. Yo mismo no sé muy bien lo que quiere decir. Busqué hacerlo así, para satisfacer las demandas de los tiempos que corren. Me he preocupado últimamente por mejorar la segmentación del texto, que no me satisface del todo. ¿qué piensa usted?

- Es genial –respondió el Gestor, no logrando reprimir un bostezo.
- Le agradezco mucho la sinceridad de sus palabras.

Bostezando de nuevo, el Gestor notó que la enfermera calva, apartando con sus tacones blancos los objetos dispersos por el suelo que le estorbaban el paso, se había juntado a la enfermera manca de la bacinilla, que esperaba de pie en una de las esquinas de la habitación. La iluminación falló y se reanudó. Entonces, tratando de regresar a lo que interesaba, dijo:

- Es genial. Sin embargo, este asunto de funcionalidad sigue sin resolverse.

– Sí, sí...claro –respondió el Director Encargado, algo contrariado–. Yo he propuesto como procedimiento alternativo la implementación de un sistema ordenado de baldosas de asignación individual...

- ¿Individual...?

– Individual, sí. Eso acarrearía consigo un ahorro en gastos superfluos y aportaría un poco al sentido de pertenencia, tan menguado hoy por hoy. ¿Sabe? –el Director Encargado complementó con énfasis–: en la vida es mejor sentirse dueño, al menos, de una baldosa. ¿No es cierto?

El Gestor abrió la boca para responder, pero el Director Encargado, señalando a las enfermeras que esperaban en pie en la esquina de la habitación, continuó:

– Mire, nada más en esta habitación, siempre ordeno a las enfermeras que usen la baldosa del rincón.

Entre flashes de luz, la enfermera calva se agachó y con un objeto brillante y pequeño, al parecer una cuchara afilada, extrajo cuidadosamente la pieza de cerámica cuadrada que previamente había tanteado con su zapato blanco.

– Es importante atender a los hábitos higiénicos correspondientes –el Director Encargado cayó en la cuenta de algo–: A propósito, sus ropas están manchadas. Es una muestra de poca higiene, imperdonable en uno de nuestros aspirantes.

En ese momento la enfermera manca y la enfermera calva, agachadas sobre la cavidad abierta, evacuaban los contenidos de los recipientes que portaban en sus manos. Luego de que los hubieron vaciado, la enfermera calva restituyó la baldosa en su lugar, pisando coquetamente la pieza con la punta de su zapato de tacón alto para acomodarla bien.

Sintiendo un cansancio inmenso, el Gestor respondió:

– Es que me ensució cuando intentábamos solucionar un problema con la Planilla... –prendiendo el dedo índice de su mano derecha entre dos dedos de la izquierda, explicó– : Una pierna se le quedó atascada; pues bien, se haló hacia afuera, y el hombre salió... –pensativo, dejó pasar un segundo, antes de continuar–: aunque la pierna se quedó...

Agitando las manos, como quien le resta importancia a las palabras que escucha y quiere desvanecerlas en el aire, el Director Encargado cortó:

- Sí, ya sé. Pero usted pudo buscar una bata limpia antes de venir a hablar conmigo.
- No me dieron tiempo...

– Todos debemos aprender a manejar nuestro tiempo, también nuestras responsabilidades. Por ejemplo, volviendo al caso de las narrativas: aunque se producen de manera individual, éstas pertenecen al hospital. Por eso deben ser decorosas, honorables. La responsabilidad de los actos de cada uno de sus componentes recae sobre la totalidad de la institución. ¿Entendido?

– Sí señor– respondió el Gestor, cansado.

– Por otra parte –continuó el Director Encargado, notando el cansancio del Gestor–, quiero que, en adelante y con vistas a la tarea que está por serle asignada, asuma una actitud más positiva. Mire, no piense que existen los problemas en el mundo, piense que sólo hay situaciones incómodas por superar.

– Pero... hay algunos casos en que...

El Director Encargado no lo dejó continuar:

– Entonces, si lo hemos solicitado es para *eso* y es *eso* lo que esperamos de usted en adelante.

El Gestor se restregó los ojos con cansancio, casi vencido por el sueño:

– No entiendo lo que tengo que hacer.

– Bien, en los últimos tiempos se ha determinado la necesidad de implementar una cultura de eficiencia y concientización. –entre flashes de la luz que iba y volvía, el Director Encargado notó que el Gestor cabeceaba, casi durmiéndose a los pies de la cama, entonces alzó un poco la voz–: hemos notado que nuestros procesos llevan demasiado tiempo y dependen de muchos factores intermedios, costándonos más de lo que podemos determinar.

Tomado por el sueño, sintiendo el enorme peso de sus párpados, el Gestor dio un cabezazo tan largo que casi se cae de la cama al suelo. Entonces levantó la cabeza sobresaltado y, con el cuello rígido, se obligó a mantener los ojos muy abiertos.

Levantando el edredón del lado en el que la enfermera calva y la enfermera manca aguardaban, el Director Encargado continuó:

– Ah... ya que lo menciona, he recibido informes, por ahora extraoficiales, de que sus gestos de cortesía hacia nuestro personal femenino no han sido hasta ahora los mejores. –el Gestor se había quedado completamente dormido, sobre la mitad inferior de la cama, entonces el Director Encargado continuó a los gritos–: Me parecería conveniente recordarle que uno de nuestros elementos no debería asumir hacia ellas actitudes indecorosas y/o faltas de cooperación. Tampoco está bien visto tratar de forzar asignaciones individuales de enfermeras alterando informaciones en las planillas. Se considera falsificación de documento público.

El Gestor dormía tan profundamente que empezó a roncar alto. Las enfermeras estropeadas entraron bajo el edredón que el Director Encargado les ofrecía, habiendo previamente dejado la bacinilla bajo la cama y el recipiente de la esponja sobre la mesa de noche. El viejo continuó:

– A pesar de su carácter finito y siempre reparable, aunque vengan garantizadas para un servicio perfecto de diez años, a pesar de que lo que ocurre en el hospital se queda en el hospital, el maltrato no está contemplado en nuestro reglamento sutil, ese que no se

escribe, pero se sabe por sentido común –con cariño, el hombre arropaba a las enfermeras mientras le decía esto, a gritos, al hombre dormido–: “Mediador entre el cerebro y la mano ha de ser el corazón”.

Profundo, el Gestor se llevó el pulgar de la mano vendada a la boca y empezó a succionarlo. El Director Encargado continuó gritando:

– Creo que ese principio sólo se hace comprensible cuando cada funcionario vive la experiencia de ser enfermera. Yo, personalmente, vivo una vida completa como Magdalena, la Enfermera Jefe de División, que tiene un afecto especial por usted. Creo que lo ve como a un hijo. Hace un tiempo ella y yo nos hicimos uno sólo.

El Gestor, completamente dormido, comenzó a agitarse y a hacer gestos de negación con la cabeza, como tomado por un mal sueño. El Director Encargado, suspirando, lo miró con incertidumbre, y trató de moverlo desde debajo de las mantas con la punta del pie:

– No se preocupe, señor Gestor: esto hace parte del tiempo que tenemos que pasar juntos aquí. Y, bueno, todos estamos muy cansados.

Moviendo levemente al Gestor con el pie, remató:

– Un aviso: a partir de mañana usted será el encargado de las llaves de este hospital. Entre todas, va usted a recibir las llaves del baño general. Creo que con esto podemos dar esta reunión por terminada. Muchas gracias.

El Director Encargado se incorporó lo suficiente como para cubrir al Gestor con una punta del edredón, cuyo cuerpo regordete y pálido ahora descansaba en posición fetal. Luego se caló el casco cableado y, recostándose entre almohadas, entró en trance. Sobre el espejo negro de la pantalla fijada a la pared aparecieron formas cadenciosas.

Las luces del despacho titilaron una vez más y se apagaron del todo, al parecer automáticamente.



Este texto está licenciado com uma Licença Creative Commons Atribuição 4.0 Internacional.